

4 DOCS

16 de febrero de 2013

■ BLANCA CASTILLA DE CORTÁZAR*

Oí hablar de D. Leonardo cuando estudiaba en Vitoria primero de Filosofía y Letras. Desde bien pequeña me gustaba la filosofía, pero tenía mis dudas sobre si escoger o no esa especialidad. Una de sus alumnas me relató con entusiasmo aquel verano de 1969 su versión sobre la filosofía que sabía D. Leonardo y la armonía entre razón y fe que emanaba de su pensamiento. Eso disipó mis dudas, a él se lo debo.

Recuerdo bien las clases –pocas, por diversos avatares de la vida– que le escuché. Asistían no sólo sus alumnos sino los de otras carreras y también afamados profesores: recuerdo a D. Josemaría Martínez Doral, en la última fila, sentado sobre la mesa, con cara pensativa mientras balanceaba las piernas.

D. Leonardo llegó a la filosofía desde una formación jurídica. Quizá eso contribuyó a que no se perdiera en su erudición, que no era poca. Se contaba que, colaborando con D. Álvaro D'Ors en la organización de la biblioteca de Humanidades, ante algún problema comentó no sin cierto humor: "¿Y para qué queremos tantos libros? Yo ya me los he leído todos".

Una vaca pensada

Como a otros pensadores del siglo XX, le preocupaba el formalismo en el que había derivado la filosofía desde la tardía escolástica. Lo cierto es que consiguió ir a la raíz del problema y cuando en la década de los 60 algunos neotomistas redescubren la piedra clave del pensamiento de Tomás de Aquino, la distinción *esse-essentia*, intuye un método de acceso al ser. ¡Cuántas veces repitió que "una vaca pensada no da leche", o que "el yo pensado no piensa", rebatiendo idealismos y enseñando la importancia de abandonar el límite mental para llegar a la realidad, al ámbito propio del ser.

Cuando acabé los estudios seguían corriendo de boca en boca sus enseñanzas: "¿Sabes lo que ha dicho D. Leonardo en un curso de doctorado sobre el orden predicamental y en otro sobre el orden trascendental? Ha dicho que el cosmos tiene un solo acto de ser y que el de cada hombre es superior al del cosmos, porque es libre". Aquellas breves afirmaciones iban abriendo grandes horizontes.



Polo hace realidad lo que difunde Alejandro Llano: "No hay nada más práctico que una buena teoría".

In memoriam

LEONARDO POLO, TEORÍA Y PRÁCTICA

A D. Leonardo, como todos le llamábamos, le mirábamos con respeto y admiración cuando -siempre cansado-, caminaba por los pasillos de la Universidad de Navarra, con su bastón y su boina. Su sola presencia, testimonio de un esforzado trabajo en la búsqueda de la verdad, no dejaba indiferente.

Estaba acometiendo la tarea de ampliar la ontología desarrollada por la metafísica clásica, para poder pensar al ser humano, que es distinto, de otro nivel decía, que el del cosmos, donde la unidad es monolítica y el ser jerarquizado, y no da cabida a una pluralidad de iguales, aunque sean irrepetibles. Y fue desarrollando una antropología enraizada en el ser personal, que por eso denominó antropología trascendental, aportación que a medida que sea conocida –vía la luz en 1999– facilitará el diálogo con la filosofía moderna, que planteó sin lograr resolver cuestiones neurálgicas como la radicalidad de la libertad, y hoy desarrolladas de un modo dislocado permean las capas sociales generando complejidad y multitud de disfunciones.

Durante años, asistí anualmente a unas jornadas de filosofía en las que, aunque D. Leonardo no fuera ponente, estaba allí escuchando y por las tardes intervenía en debate con otros profesores. Me acompañaban estudiantes de Filosofía de otras universidades y después de comer invitábamos a D. Leonardo al Faustino para preguntarle dudas. Él nunca escatimaba el tiempo. Para que no le faltara la voz le ofrecían caramelos y decía: "De uno en uno, como los actos del conocimiento". Al acabar comentaban: "en mi facultad nadie enseñaba estas cosas".

Bajo llave

En uno de estos encuentros pude agradecerle lo bien que lo había pasado cuando entendía o al menos vislumbraba cosas al escucharle. Me contestó: "Señorita, es que conocer es una fiesta". Se me ocurrió comentarle que había tenido una gran desgracia en mis estudios: no haber podido asistir casi a sus clases. Y comentó: "¿Usted cree que eso es una desgracia?". Lo cierto es que el futuro colmó en parte esa laguna, pues tuve ocasión de participar con él en diversos proyectos de investigación en los que hubo tiempo para preguntar, para oírle discrepar con Tomás de Aquino, al que profesaba gran respeto: "Interpretar el entendimiento agente como una potencia es muy forzado", decir que "el alma separada no es persona resulta muy fuerte", "la relación no siempre es un accidente, en antropología hay relaciones constitutivas".

Hubo tiempo también para exponerle tesis con las que de entrada discrepaba, aunque su talento era siempre abierto: "Lo cierto es que sobre eso no he pensado", y verle cambiar de opinión: "Si es eso lo que Ud. quiere decir, todas las pegas que he puesto hasta ahora ceden". Al pedirle ayuda decía: "A mí ya no me